

# LA LITERATURA Y LA VIDA

Paco González Fuentes

Explica la novelista británica Zadie Smith (1) que siendo niña tenía la sensación de poseer una personalidad inconsistente: “otras personas parecían estar muy seguras de sí mismas y saber exactamente quiénes eran. Sin embargo, tal como yo lo veía, incluso mis sentimientos y convicciones más fuertes podían haber sido fácilmente de otra manera si hubiera sido la hija de la familia que vivía una puerta más allá o la hija de otro siglo, de otro país, de otro Dios”.

Completa su reflexión refiriéndose a las consecuencias de su condición lectora: “las voces de los personajes se añadían a las demás voces dentro de mí, lo que convertía la idea de mi voz propia en una cosa poco definida. O quizá sería mejor decir que nunca he creído tener una voz totalmente separada de las muchas voces que escucho, leo e interiorizo cada día”.

La identidad es una construcción vinculada a experiencias diversas, a situaciones para las que diseñamos roles adecuados, a circunstancias que podríamos no haber vivido. Todo pudo ser de otra manera. Mis preferencias pictóricas, musicales o literarias, mis creencias o mis amigos, serían otros si la casualidad hubiera puesto ante mí opciones diferentes.

Pierdo un tren, esa “anomalía” me conduce a una cafetería en la que “hago tiempo” y conozco a alguien en ese lugar imprevisto que será esencial en mi vida.

Me acerco a un músico callejero para entregarle unas monedas. Reparo en el libro que tiene en el suelo, junto a la funda de su guitarra, y al acabar su interpretación me habla de Edgardo Cozarinsky, un autor del que nada sé, “ese tipo cuenta historias de fugitivos, de perdedores, de individuos que se desvían”.

En el vagón de un viejo tren con destino a Málaga una muchacha lee a Ungaretti. “Giuseppe Ungaretti escribió un pequeño poema, un poema grande, titulado la mañana”, me dice. “M’illuminò d’immenso”, recita para mí, antes de perderse entre la multitud apresurada del vestíbulo de la estación. Así descubro al poeta italiano.

Leer es ser habitado por seres de cualquier tiempo, de cualquier geografía, internarse en otros mundos, escuchar a Dmitri Karamázov, a Hans Castorp o a Gregorio Samsa, sentir a través de ellos. Se pregunta Sergio Pitlor en *El arte de la fuga* qué es uno en el universo. “Uno, me aventuro -dice-, es los libros que ha leído, la pintura que ha visto, la música escuchada y olvidada, las calles recorridas. Uno es su niñez, su familia, unos cuantos amigos, algunos amores, bastantes fastidios. Uno es una suma mermada por infinitas restas”.

Ese “uno” que somos cada uno está hecho, ciertamente, de todo eso, de instantes, de escenas, de acontecimientos, de afectos, de distancias, de materiales diversos, de libros, de historias.

La lectura es un mecanismo de ensanchamiento de lo real, hace posible que nuestra individualidad, confinada en un marco de espacio y de tiempo muy limitado, muy predeterminado, se expanda. Las “experiencias literarias” son parte de nuestro bagaje, de nuestra peripetia vital. Somos seres lectores.

No soy Martín (2), el muchacho alto y encorvado que un día de sábado mayo se sentó en un banco del parque Lezama y “permaneció sin hacer nada, abandonado a sus pensamientos, como un bote a la deriva en un gran lago aparentemente tranquilo pero agitado por corrientes profundas”, ni Pereira (3), el periodista lisboeta



aquejado de una dolencia del corazón, al que un día, en una clínica de talasoterapia, un médico filósofo le habla de la teoría de la confederación de las almas.

Tampoco Roberto (4), al que en otro tiempo llamaban Bob, el “pelo revuelto colgando en la sien, la sonrisa y los lustrosos ojos...”, que planeaba ennoblecer la vida de los hombres, dueño del futuro y del mundo, audaz, puro, ahora más viejo, “casi siempre solo”, soñoliento, pálido, “los dedos sucios de tabaco, los largos domingos hundido en el asiento del café”.

No soy esos personajes de Sábato, Tabucchi u Onetti pero todos ellos me hacen, me acompañan. Uno habita libros así -ciertos libros-, es habitado por ellos. El milagro consiste en que, tras su lectura, la atmósfera, la vibración de lo leído forman parte ya de la propia voz, de la propia respiración.

Algunos libros son como un relámpago que -en palabras del poeta Eloy Sánchez Rosillo (5)- tras su apariencia efímera, sigue viviendo en quien lo vio, porque su luz transforma y ya no eres el hombre que fuiste antes de que en tus ojos, de que en el fondo de tu ser fulgurase”.

Recuerdo todavía la conmoción que supuso para mí -un adolescente entonces cuya interpretación del mundo, tan esquemática, tan ingenua, dividía a los humanos en creyentes y descreídos, en poseedores de la verdad y equivocados- la lectura de *San Manuel Bueno, mártir*, la novela de Miguel de Unamuno, la historia de un sacerdote que tenía el don de curar las afecciones de las almas pero que escondía a todos el secreto de su descreimiento, que simulaba tener fe para el contentamiento de los otros, para no decepcionarlos.

Mediante la literatura, transformados por ella, nuestra mirada obtiene una perspectiva que de otro modo no alcanzaríamos.

Alojados en nuestro interior, los personajes de ficción no se instalan en compartimentos estancos, desconectados los unos de los otros, mudos, sino que establecen vínculos, dialogan.

Leo un poema de Alfonso Costafreda (6), “pienso en mis límites, / límites que separan / el poema que hago / del que no puedo hacer, / el poema que escribo / del que nunca podré escribir”, y sus palabras me llevan a Orán (Argelia), a la atmósfera de “La peste”, la novela de Albert Camus, a una ciudad enfrentada a una plaga, sitiada, a

## DOSSIER: LECTURA Y CONDICIÓN HUMANA

uno de los personajes de esa obra magistral, un modesto empleado, un hombre bueno, empeñado en escribir un libro pero que, atascado en un perfeccionismo delirante, no consigue ir más allá de la primera frase.

La historia de *Haru*, la novela de Flavia Company, transcurre en tierras de Oriente. Haru se siente expulsada cuando a la edad de quince años debe abandonar su casa y es enviada a un dojo, a una escuela de vida. La decisión de sus padres le resulta de difícil comprensión. Su desconcierto inicial es parecido al de Federico Mayol, protagonista de *El viaje vertical*, el libro de Enrique Vila-Matas, cuando su mujer, un día después de cumplirse los cincuenta años de matrimonio, en la oscuridad de la cocina, “mirando absorta cómo iban los guisantes cayendo cadenciosamente en el recipiente de porcelana” le exigió que se marchara de la casa, “quiero que me dejes en paz”.

Estas palabras de Carlos Skliar en su deslumbrante *Hablar con desconocidos*, “un desconocido trae una voz nueva, una irrupción que puede cambiar el pulso de la tierra, un gesto que nos hace torcer lo ya sabido, una palabra antes ignorada”, parecen haber sido escritas para describir la esencia de *El refugiado alemán*, un relato de Bernard Malamud, la historia de un joven ameri-

cano que imparte clases de inglés a un refugiado recién llegado a los Estados Unidos, fugitivo del nazismo. El encuentro entre el estudiante pobre, ávido de vida y de algunos dólares, y Oskar Gassner, un hombre de ojos tristes, arruinado, cuya mayor pérdida es la del lenguaje, el no poderse comunicar, resulta transformador para ambos.

Frente a la lógica del utilitarismo se alza la experiencia de la lectura como la de la “no búsqueda” de algo tangible, como viaje con destino incierto, como conversación con alguien a quien no conozco,

Frente a la persecución de algún objetivo está el leer como simple deambular, como afán ambiguo.

No soy nativo de territorio alguno, no tengo edad mientras leo. No hallo respuestas, sino temblor, cuando leo estos versos de Delfín Prats (7):

*“Hay un lugar llamado humanidad  
un bosque húmedo después de la tormenta  
donde abandona el sol los ruidosos colores del combate”.*

La lectura comienza antes de que la mirada y las palabras se encuentren. Antes de esa unión, de esa materialidad lectora, está el gesto de tomar el libro en las manos, están los instantes previos, el ansia, el entusiasmo lector. Hay un



acercamiento del cuerpo al libro-objeto anterior al viaje en que consiste la lectura, que está hecho de contacto, de tacto, de caricia.

Dice Josep Maria Esquirol (8) que “somos una articulación, una reunión, una coyuntura, tan precaria como absolutamente admirable”. Reunión es una palabra de resonancias profesionales, administrativas –se reúnen los consejos de administración y las juntas directivas- pero cuya dimensión esencial es el estar con otros, escucharnos, practicar la alteridad y tiene mucho que ver con lo que es la lectura. Un libro es un “tú y yo”, un “vosotros y yo”, un “nosotros”. Caricia, ansia, cobijo, reunión.

Explica Agustín de Hipona en sus *Confesiones* que Ambrosio, Obispo de Milán y amigo y consejero de Mónica, su madre, era un lector peculiar, “sus ojos recorrían las páginas y su corazón penetraba el sentido, mas su voz y su lengua descansaban. Muchas veces, estando yo presente, pues el ingreso a nadie le estaba vetado ni había costumbre en su casa de anunciar al visitante, así lo vi leer, en silencio y jamás de otro modo”.

La lectura silenciosa no se convirtió en habitual en Occidente hasta el siglo X. Nos recuerda Alberto Manguel en *Una historia de la lectura* que “los idiomas primordiales de la Biblia -arameo y hebreo- no distinguen entre el acto de leer y el de hablar y designan a los dos con la misma palabra”.

Hay palabras que deben ser dichas con la entonación adecuada, palabras que exigen calidez, penumbra. Acostumbro a leer poesía así, recitándola en voz alta –en voz baja-. Hay poemas que reclaman ser susurrados, como este de Roberto Juarroz (9):

*“El centro del amor  
no siempre coincide  
con el centro de la vida.  
Ambos centros se buscan entonces  
como dos animales atribulados”.*

Leo en mi habitación. Leo durante un viaje o en una sala de espera o en una estación. Leo en ese lugar dispuesto para la lectura que es una biblioteca. O en un Café. Libros elegidos por su portada o su encuadernación, por el título o -muchas veces- por el efecto deslumbrante de su primer párrafo. Libros leídos rápidamente, con voracidad lectora, a los que uno regresa, en una segunda lec-

tura, en múltiples lecturas, de otro modo, lenta, deleitosa o, también, desordenadamente.

Un día de 1946, María Zambrano, la filósofa española, la pensadora de la razón poética, exiliada en La Habana, escribe una carta (10) a su madre y a su hermana, residentes entonces en París. Explica María Zambrano en ella lo que le pide a la vida.

“Mis queridísimas mamá y hermanita: no os podéis imaginar con cuánta emoción me pongo a escribiros”, “he soñado con París, porque París ha sido desde hace siglos el sitio de los que no tenían sitio, de la siguiente manera: os voy a decir cuál es mi sueño de París, todo lo que yo le pido. Reunirme con vosotras en un rincón apacible y humilde, poder ir de bibliotecas, donde están los libros que ya me son imprescindibles para poder continuar lo que tengo dentro, es decir, para escribir la media docena de libros que tengo en apuntes, en notas, en esbozos...” y “cuando salga de la biblioteca poder pasear...” y “y si encuentro dos o tres seres humanos con quienes poder hablar, que aquí no tengo a nadie, sería el completo”.

Una vida así, de afectos, paseos, conversaciones, libros, es una buena vida.

Nuestra condición de lectores es anterior al aprendizaje de la lectura. Nacimos como lectores cuando, ansiosos, tocados por el asombro, escuchamos por primera vez una voz amorosa explicándonos un cuento. Ahí, en ese acontecimiento, empezó nuestro camino de seres fabuladores, de seres narrativos.

1-Artículo “Fascinada per suposar: en defensa de la ficció”, publicado en la revista *L’Avenç*, nº 463.

2-“Sobre héroes y tumbas”, Ernesto Sábato. (Seix Barral)

3-“Sostiene Pereira”, Antonio Tabucchi. (Anagrama)

4-“Bienvenido Bob”. *Cuentos completos de Juan Carlos Onetti.* (Alfaguara)

5-“La certeza”, Eloy Sánchez Rosillo. (Tusquets)

6-“Poesía completa”, Alfonso Costafreda. (Tusquets)

7-“Poesía completa. El brillo de la superficie”, Delfin Prats. (Ediciones la luz)

8-“La resistencia íntima”, Josep Maria Esquirol. (Acantilado)

9-“Poesía vertical”, Roberto Juarroz. (Cátedra)

10-“María Zambrano. El exilio como patria”. (Anthropos)